

en sus intentos. Los dirigentes desorientados de Bolivia y Paraguay estaban en tren de acogerse a la Liga; pero sobre sus voluntades vacilantes, triunfó la política internacional de los Estados Unidos. Mediante un hábil juego de su diplomacia, tecnificada en esta clase de intervenciones, consiguió atraer a su radio de autoridad e influencia, el conflicto.

El desagravio que experimentó Bolivia con la toma de un fuerte paraguayo, la puso en condiciones de transigir y aplacar su vehemencia patriótica. Así pensaron los periodistas yanquis, de quienes partió este criterio, y a él se acogió el pueblo boliviano. En estas condiciones fácil fué para la Conferencia Panamericana de Conciliación y Arbitraje, intervenir. Bolivia y Paraguay aceptaron los buenos oficios de la Conferencia Panamericana, que pasó a estudiar el conflicto mediante una comisión especial. Llenados los trámites de uso, los delegados de ambos países beligerantes, firmaron en los salones de la Unión Panamericana de Wáshington, un pacto de conciliación. Un cuerpo de representantes de naciones—aún no constituido definitivamente—y salido de los países adscritos a la Unión Panamericana, debe estudiar los antecedentes del conflicto y solucionarlo.

Prácticamente el caso boliviano-paraguayo ha caído en los dominios de la influencia diplomática imperialista de Estados Unidos. El presidente de la conferencia ha sido Kellogg, secretario de Estado de la nación norteamericana; es decir, un personero del gobierno yanqui, presidió la conferencia y auspició el avenimiento de un conflicto entre dos países latinoamericanos. De su calidad de director de la Conferencia y de Secretario de Estado, partieron los esfuerzos para hacer fracasar las posibles mediaciones de la Comisión de Montevideo o de la Liga de Naciones. Se trata, pues, de un nuevo triunfo de la diplomacia imperialista, un éxito del panamericanismo, sobre el que se ha hecho sobrada concien-

cia y sobre el que existen dilucidaciones concluyentes de oposición.

El giro que ha tomado el conflicto con esta intervención de Estados Unidos, plantea nuevos aspectos en nuestros problemas de índole continental. Los gobiernos conscientes de sus papeles de cómplices del imperialismo, se subordinan al panamericanismo. Aplazan a la vez toda posibilidad de afirmación de las corrientes unionistas propiciatorias del arbitraje latinoamericano para casos como el presente.

ALGUNOS PUNTOS DE VISTA

El Chaco, repetimos, por su situación geográfica está vinculado a los territorios del Plata, al Paraguay; pero tiene un gran fin que llenar con respecto a Bolivia: vincular mediante su sistema fluvial al Atlántico. Y, esto se hace imperativo al considerar la situación mediterránea de este país. Una solución americanista, en consulta con las realidades geográficas y económicas, y desatenta a los nobles pero ineficaces sentimientos patrióticos, tendrá en cuenta lo enunciado. La verdadera solución de este problema territorial, no se hará asistiendo solamente a las conveniencias de los países en disputa, sino con miras continentalistas.

El proceso de la controversia ha evidenciado el fracaso de la diplomacia al uso. Esta diplomacia es una derivación de los regímenes políticos en vigencia; es uno de los instrumentos con que se afirma la reacción. Para liquidar esta falsa representación de los pueblos, obligadamente se llega a los vicios de origen: las situaciones políticas, sociales y económicas de nuestros países.

La participación de Estados Unidos, mediante su órgano más eficaz, de influencia—La Unión Panamericana—cambia la faz de esta cuestión territorial entre dos pequeñas repúblicas sin significación económica, en campo abierto al imperialismo. Si se asocia el petróleo del Chaco con el interés de los sindicatos capitalistas y